



# A de anémona



Ilustración: La garza de Hood, Londres, verano de 1858

Miriam Mabel Martínez

NADIE LO RECONOCIÓ. Quizá porque no lo esperaban. Apareció entre los árboles como si nada. Y como si nada dejó el lago atrás, subió las escaleras y sorprendió a la familia en la terraza como en aquel viernes de Pascua. Tomó su lugar. Estaba sediento. Anders le sirvió vino. Nadie dijo nada, porque no sabían quién era.

Con una confianza que atemorizó a los invitados, empezó a hablar sobre los pájaros, sin duda era un naturalista o eso le pareció a Sofie, pero la corrigió: “Soy una de ellas”. Todos en la mesa rieron menos la abuela. Sofie le preguntó por qué había tardado tanto.

No les impactó el rubio casi blanco de su cabello (como el abuelo) ni los modales solemnes ni la vestimenta impecable, parecía de otra época. Lo que les sorprendió es que no lo recordaran y que él supiera todos sus recuerdos. Pero nadie dijo nada.

Sören se alegró de estar ahí. ¡Después de tantos años, por fin estaban reunidos! Para la familia había resultado una proeza —“me imagino”, se burla el recién llegado— dejar las responsabilidades de la vida adulta. De pequeños era más fácil; la historia de la casa de campo paterna en Hald Ege (pertenece al linaje Ankersen desde hace siglos) y el paisaje eran

suficientes. Un paraíso en el centro de Jutlandia. Pero la idea de paraíso cambia: la ciudad empezó a competir con la naturaleza. Subirse a los árboles, nadar en el lago, escudriñar las ruinas del castillo pasó de ser entretenido a aburrido. Después llegaron la adolescencia, la universidad y el amor para los nietos, y el tedio, para los hijos. Las comilonas en la casa de los abuelos Ankersen se redujeron, y sus hijos —presas de la incómoda obligación— se repartieron las visitas; pero hoy extrañamente habían acudido los cuatro (incluso el melancólico Rasmus, y esa sí era una sorpresa) con esposas, hijos y Mette, la fiancé de Mogens, el nieto mayor.

Era un día especial, como lo había adivinado Sören.

“El cordero huele bien”, ante tal piropo Mette aprovechó para integrar al caminante del bosque: “Lo preparamos Mogens y yo”. “Debes estar feliz, Anna, ¡por fin dos cocineros de altura en la familia!”. A las mujeres no les hizo gracia el comentario, pero cómo reclamarle a un invitado.

Tampoco nadie dijo nada cuando Sören le preguntó a la abuela por su salud. “¿Te ha seguido el dolor en los huesos?”. Anna se limitó a un austero no. “Debe ser la humedad la que te causa tanto dolor”. La abuela prendió un cigarro; el cuchicheo no se hizo esperar. A Sören no le quedó más remedio que poner orden: le pidió a Mattie que fuera por más comida y a Mogens por más vino. Mientras tanto rememoró anécdotas familiares, como cuando Allan se escapó en el kayak argumentando que navegaría el Mar del Norte o cuando se rompió la tubería en plena comida sobre el gran comedor (desde entonces, los festejos son al aire libre)

o las corretizas a las cabras o las carreras de caballo a la orilla de lago.

Sin duda era uno de ellos, ¿pero quién?

Las risas relajaron la tensión. El viento empujó las nubes y despejó el cielo que, debido a la intensidad del sol, deslumbraba con un azul similar a los ojos de Sören (y a los de Rasmus y Erik). Nadie lo recordaba. Sin embargo, su presencia —entre Rasmus y Erik— resultaba natural.

La vajilla de porcelana con motivos en amarillo contrastaba con el mantel. La disposición de las viandas custodiadas por floreros era la típica de fiesta. El aderezo de la ensalada sabía como el que preparaba la esposa de Rasmus, la única ausente. A Sören no le sorprende su ausencia. Es un efecto secundario, como lo es la melancolía de Rasmus, quien se entretiene escuchando a los pájaros. Siempre ha dicho que le hablan; ya nadie se entretiene con las historias de aves “traducidas” por el tío Rasmus.

Anna ocupa una de las cabeceras, a su lado están sus dos hijos menores con sus esposas. En otra época, la cabecera opuesta habría sido presidida por Erik, custodiado por los hijos mayores. Pero los tiempos cambian y hoy frente a la abuela está una silla vacía. Sören la ocupa. “Nadie pone la mesa como Bodil”, este recuerdo hace sonreír a los nietos encargados de entrelazar los extremos de la mesa. De un lado: Mogens, Sofie y Allan, del otro: Mattie, Anders y Camila. Mette se interpone entre su suegra y su prometido.

Nadie habla, sólo se escucha el canto de gorriones, golondrinas, pájaros carpinteros, cuervos... ¿De qué hablarán? Sólo a Rasmus le preocupa. Cierra los ojos.

El resto de la familia se concentra en jugar con la comida para evadir la presencia del hombre del bosque. Los mayores están incómodos; los jóvenes se sienten extrañamente complacidos, se nota en los gestos que desquician a la abuela.

Las risas son el prólogo al silencio. Mogens le pasa el cordero a Sören. “¡El mismísimo sazón de la abuela Ankersen! ¿O no, Anna?”. El retraído Mogens no puede sino disfrutar el comentario, tanto como Mette, “¿Verdad que es un cocinero espléndido? Desde niño tenía este don”. Los espárragos están crujientes y el pescado fresco. Una provocación: “¿Este año quién lo pescó? ¿El abuelo o el buen Mogens?”. “El pan de grano casero, ¡lo que más extraño!”, confiesa y nadie dice nada. La mesa está puesta y los comensales ocupan el sitio que les corresponde. El rumor del lago es opacado por las aves. En el pasto verde empiezan a brotar puntitos blancos. Son las anémonas.

“¿Te acuerdas —mira a la abuela— del día que se perdió Sofie por horas, tantas que se olvidaron del horno?”. La abuela no se inmuta. “Y tú, Erik, saliste tan valiente con tu escopeta seguido de tus hijos. ¿Qué hora sería?”. El abuelo tampoco responde. Los varones Ankersen esquivan las preguntas atoradas en los ojos de sus hijos. Las señoras se marginan, así ha sido desde aquel día. Estaban todos, tal como hoy. ¿Por qué no lo recuerdan?

Sofie tendría ¿seis o siete? “Por cumplir los siete”, responde Mogens. Siete años y una vaca tejida por su hermana mayor. Sofie y Camilla se miran cómplices. Sofie abraza a su vaca gorda y moteada, juntas emprenden un viaje por el bosque. Su misión es llegar al otro extremo de la isla. Intenta convencer a Anders, a sus nueve años no puede rebajarse a juguetitos infantiles. Mattie quiere ir pero se queda dormida antes de emprender la aventura, a sus cinco años nadar después de montar a caballo le merece una siesta. La abuela está en la cocina con las nueras, les enseña a preparar el tradicional pan danés, como cualquiera nacido en Jutlandia sabe, y estas chicas ciudadinas de Copenhague tendrán que aprender. “Uno de los requisitos para

pertenecer al clan Ankersen”, bromea. Los hombres deciden dar un paseo a caballo para convivir con el patriarca: el viejo Erik.

“¡Qué tiempos!”, Sören no puede evitar la nostalgia, “¿O no, Rasmus?”. El *Tío Solitario* —como lo apodan desde nadie recuerda cuándo— mira a los ojos al invitado, le sonrío. “Skaal”. Sören le devuelve el gesto. Las aves festejan el encuentro, pero nadie se percata del rezo. Los chicos de ciudad poco saben de los códigos de la campiña, pero más que la ignorancia (a esa la conquista la curiosidad), lo que los limita es la indiferencia. Sören y Rasmus brindan y en sus miradas se suspenden. Y nadie lo ve.

Padre e hijos trotan sobre la alfombra verde salpicada de puntos blancos. A de anémona, repite Sofie cada vez que ve una. Sigue el rastro. Está segura de que ellas saben el camino hacia el otro lado del lago. Sí, pero ellas tienen más secretos, y Sofie los quiere conocer. Recoge una flor y luego otra, y repite: “A de anémona”.

En la cocina, risas. Por un instante la matriarca y sus nueras borran las diferencias. Por un momento simplemente son cuatro mujeres jóvenes amasando harina. Se complacen de estar ahí.

Los niños hacen lo propio: Anders despierta a Mattie; Camilla reta a una competencia a Mogens; Allan los persuade para hacer una expedición a las ruinas. Nadie extraña a Sofie, como hoy —pareciera— a nadie le sorprende la presencia de Sören.

Es viernes de Pascua. El sol y la inminencia de la primavera los hace sonreír. Las lluvias y los días nublados son los preparativos para el verano. La calvicie de los árboles empieza a ceder ante los brotes de mechones verdes. La luna y el sol —cuando están de humor— conversan, y parece que hoy es uno de esos días. Las nubes corren persiguiendo al viento en su apretado itinerario. Las mujeres se toman un descanso. Los hijos se rinden ante las plegarias de sus madres y aceptan reunirse para recortar los papeles y escribir sus poemas. Nadie sabe aún a quién le darán o de quién recibirán el ansiado huevo de chocolate. Primero hay

que terminar de inventar figuras en las hojas con las que adornarán la casa para la cena de mañana.

En el salón del piano abren las puertas con vista al campo, ese que conduce al lago. “¡Qué placidez ofrece la cercanía del agua!, ¿o no, Anna?”, pregunta Sören, aún ninguno de los comensales se atreve a preguntarle qué hace ahí. No lo esperaban, es cierto, pero tienen la sensación de que ahora sí la mesa está completa.

Las mujeres y los niños no se percatan de la ausencia de Sofie. Ni Sofie allá afuera se entera de dónde está. Simplemente sigue los pasos de la A de anémona, que parece ser la primera letra de un abecedario unísono e infinito.

La luz vespertina crea volúmenes más densos en los caminos; el abuelo sabe que es tiempo de regresar, aprovecha el último brillo del día, ese que ha sido retratado en la historia de la pintura danesa, aunque él lo ignore. A galope, los cinco Ankersen regresan a casa, listos para tomar una cerveza. Sus voces no interrumpen a los niños en sus menesteres de Pascua ni sus pasos perturban a sus mujeres que simplemente están hipnotizadas. Ellos

Ilustración: Idilio de otoño en *Los poetas de todos los países y edades*, Chicago, 1883



tampoco extrañan a Sofie. Ni Sofie a ellos, porque los árboles la acompañan, le cubren el paso, y ella sigue y sigue. Ha dejado de escuchar el lago, pero es tenaz: quiere ir más allá, hasta donde se tope con la última A de anémona. Y esa última parece aún estar muy lejos. Sofie lo consulta con su vaca y ambas están de acuerdo en seguir.

¿Quién buscó a Sofie primero? Mattie. La pobre estaba aburrída y exigía la presencia de su prima. La buscó debajo de las camas, detrás de las cortinas, en el salón, en el granero, en el ático, donde vio una sombra y se retiró vencida. Le pidió ayuda a Anders, y Anders a Allan, a Camilla, a Mogens. Querían encontrarla antes de que sus padres se enteraran, pero los delató la angustia y a sus padres los expuso el terror ante los abuelos.

¿Quién se quedó con los más pequeños en casa? Las mujeres merodearon por las cercanías del lago, los hombres retomaron sus caballos y el abuelo cargó la pistola. El sol se rendía ante la luna, y la luna se dejaba devorar por las nubes. Sofie pronto descubriría la oscuridad.

En el ático, el olor a quemado interrumpe su lectura. Baja descalzo, tranquiliza a Allan que no deja de llorar. “¿Sigues tan sentimental?”; le ordena a Mogens revisar la cocina. “El horno está prendido”. “¡Apágalo!”, le grita; acompaña a las niñas a una de las habitaciones; le pide a Camilla le cuente un cuento a Mattie. “¿Te vas?”, le pregunta la grande mientras se muerde los largos rizos rubios que aún conserva. Regresa al ático por una chamarra y sus botas. Antes de irse les sirve cuatro vasos de leche y deja a Mogens, el mayor, a cargo. “¿Te vas?”.

Esa fue la última vez que lo vieron. Pero ya ninguno lo recuerda. Sólo Rasmus.

El abuelo y los cuatro hijos hurgaron el bosque, árbol por árbol. Sören sólo siguió el rastro de las anémonas. Al igual que ella, se perdió en el bosque. Al igual que ella se sintió protegido por los árboles

y tampoco sintió miedo en la oscuridad. Caminó y caminó hasta que el lago dejó de escucharse, hasta que el viento le indicó el rumbo y los hombres de la casa se cansaron de buscar. Sören siguió hasta que encontró a la última A de anémona en la mano de su querida prima Sofie.

No la despertó, para qué. La cargó hasta el lago, ahí la colocó en una lancha abandonada, se rió por repetir una de las escenas que le habían parecido más graciosas (e incomprensibles) del libro que había descubierto en el ático. Como buen hijo de ateo sabía que la Biblia era una novela, pero descubrió que eran muchos cuentos entrelazados. Le colocó la vaca entre los brazos y la tapó con su chamarra. Desde la orilla vio desaparecer a la niña y escuchó las primeras conversaciones de las aves en el alba. Luego, guardó la última A de anémona y se fue.

Sofie entró a la cocina. Estaba hambrienta. Fes-tejaron el regreso con pan quemado. Unos a otros se arrebataban a Sofie. Mogens, sin decir nada, se retiró. Lo siguieron Anders y Camilla, y a estos, Allan, y éste siguió a Mattie. En la cocina nadie los extrañó. Sofie estaba en casa. Los cinco subieron al ático tomados de la mano. Abrieron la puerta. “Sören”, susurró Mattie. Nadie respondió. Camilla bajó llorando, Allan, Anders y Mogens empezaron a buscarlo. Tenía que estar ahí.

Dos días después encontraron la chamarra en el lago. Nadie le creyó a Sofie cuando contó que en el bosque había descubierto un alfabeto infinito de puras A de anémona y que le había entregado la última a su primo. “Me dijo que no la debí cortar”.

Nadie volvió a hablar de Sören ni volvieron al ático ni la casa de Hald.

Hoy están todos. Nadie lo reconoce, pero saben quién es.

“Te extrañé”, dice Rasmus. “¿Quién me acompañó?”, responde Sören.

El campo es un tapiz de anémonas. Llegó la primavera. ■■■